ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

EPÍLOGOS DEL MES

La vierge d'Avila.

El alma pura de Gabriela Cunninghame se ha librado oportunamente de uno de los mayores dolores que pudo sufrir entre nosotros. Diríase mejor que ha sido amablemente sustraída á ese sufrimiento, que no hubiera podido resistir. El drama de Catulo Mendés, forjado sobre el recuerdo de Santa Teresa, le habría llenado de tristeza, y aquella alma tan elevada y tan tolerante, aquella mística tan profunda y tan sabia como su compatriota el gran padre Lacunza, que murió soñando la conciliación suprema entre cristianos y judíos, habría sufrido muchísimo.

El gran poeta, que pudiera rivalizar con el Bocaccio de haber coexistido con él, ha sufrido una lamentable equivocación al llevar á la escena la figura que sólo puede reservarse para el libro ó el poema. Lo trágico íntimo no es dramático jamás, porque lo íntimo no tiene ese poder social de lo que se vive para todos.

De un místico perfecto jamás podría escribirse un drama, por la misma razón que no cabe en la novela la vida de un guerrero ó la acción de un César.

La gran equivocación del gran poeta francés, al hacer el drama sobre la santa de Avila, no está en su deplorable información histórica, religiosa y nacional de la protagonista: está, antes que nada, en reducirlo á un drama. Tanto valdría hacer el drama de Newton, ó de Kepler, ó de Kant. *La crítica de la razón pura* ha sido, con todo, uno de los mayores dramas vividos por un hombre; pero no puede ser más que una eterna novela para el resto. Como la vida de Novalis, la de Boehme, la de la misma Santa Teresa ó la de Fray Luis de León. Los elementos mundanos, dramáticos, están muy lejos de esas gentes. Buddha, Jesús, Zoroastro, sobrepasan esos elementos á fuerza de contenerlos. Y los discursos de Saky-Muni, los Evangelios del Cristo y la vida de Zaratusthra imposibilitan todo drama imaginable sobre ellos. El místico no es dramatizable, aunque pueda ser dramático el episodio de un místico. *(El místico*, de Rusiñol, por ejemplo.)

El místico no es de este mundo. No es que se aparte, no es que se aleje, no es que huya de él, es que jamás ha pertenecido ni ha estado en él; ni es, ni ha sido de este reino. Su drama no puede hacerlo nadie. Y esta es la razón verdad del fracaso que ha tenido, como castigo á su atrevimiento, uno de los mejores poetas.

El gran drama.

Ahora mismo, entre nosotros, ha pasado una cosa parecida con motivo de representarse *El mágico prodigioso*, de Calderón, en nuestro Teatro Nacional. El drama ni siquiera no ha gustado. Lo maravilloso cristiano ha quedado relegado á un último término por los espectadores, á los que no ha logrado conmover, y les ha llamado más la atención el decorado y los trajes de los actores que la esencia del drama representado ante sus ojos.

Demasiado antiguo el drama, y muy bien ajustado—ha sido la tradición la que lo ha hecho—y muy bien ajustado á la condición mística de los personajes que lo viven, es naturalmente lo menos dramático que puede ser un drama cuyo gran nudo

no lo forman las relaciones humanas, sino de un orden más elevado. La humanidad que hay en él, los amores y los sufrimientos de San Cipriano y Santa Justina rebajan el valor de la obra, y sin ellos no podría ser, sin embargo aquélla. Los santos mártires salen así de las manos de Calderón, sacerdote y creyente, lo mismo que la santa de Avila de las manos de Catulo Mendés, casi sin santidad alguna y sin el gran valer que real y positivamente tuvieren. Cuanto más drama han querido poner en esas vidas, menos vida verdad han dejado en los verdaderos dramas de ellas. La razón de esos fracasos está en ese pecado, y la penitencia del mismo en el recto pensar de los menos apasionados.

Por lo demás, el gran drama, el verdadero drama se sigue representando admirablemente para los que aman el espectáculo. Distinguiéndonos y separándonos de nosotros mismos vamos creando interiormente no sólo la inmensa compañía de nuestro teatro íntimo, sino la más complicada de las acciones, llena de imprevistos y de incidentes. Parientes entre sí, más que hermanos, más que padres y más que hijos, todos nuestros personajes interiores convierten sus cuestiones en problemas, en conflictos de solución imposible. A veces, en los más venturosos de los mortales sólo ocurre la acción entre los dos personajes de la duda, muy pocos se encuentran con su personaje á solas, y hay quien teme encontrarse en esos monólogos, y en vez de entregarse á esa soledad salvadora que ha de llevarnos más allá del saber y del sentir, cuando *se ve solo* se pone ante *su conciencia* (no la conciencia), y viéndose ante un espejo se cree continuamente acompañado.

Es la comedia de la afirmación humana.

En cuanto á la protesta de Avila por la obra de Catulo Mendes, es por lo demás tan injustificada como lo sería la de un brahman contra la deplorable zarzuela *El hijo de Budha*, representada hace poco.

ARIMÍ.

VAN HELMONT Y EL ALMA

El materialismo de Juan Bautista Van Helmont se ofrece como una paradoja. Acusado de «obscuridad teosófica y errores alquímicos», ha sido aceptado, sin embargo, como un autor de importantísimos descubrimientos en la ciencia química. Pero hizo también algunos descubrimientos en la ciencia espiritual de no menor importancia, á los que él mismo no creyó desprovistos de valor, puesto que les consagró su vida.

El «Gran Secreto», dice Van Helmont, la fuerza celestial que yace oculta en el hombre es «el poder de la imaginación para realizar la obra», y el cual «se ejecuta sobre los más apartados objetos». Si llamásemos «mágico» á este poder, únicamente el ignorante podría aterrorizarse por semejante expresión. Con todo, preferiremos llamarle poder espiritual. «El nombre no puede trastornarme, sin embargo, pues estoy acostumbrado á estar tan cerca de la cosa como puedo.»

El poder mágico sobre el que va á instruirnos Van Helmont yace dormido ordinariamente en el hombre, que obra antes de despertar «como un borracho». Es necesario, pues, despertarle. Esto puede hacerse por medio del ascetismo, por «el arte kabalístico ó por la iluminación del Espíritu Santo». Y aquellos en quienes se despierta tal fuerza «pueden ser designados como hacedores de oro, pues su guía es el mismo Espíritu de Dios». (Los experimentos alquímicos de Van Helmont evidentemente tuvieron algún otro objeto más que la transmutación de los metales.)

Es necesario, continúa, que la fuerza mágica se despierte, tanto en lo externo como en lo íntimo del hombre; «el demonio» puede despertar lo que está en lo exterior del hombre, pero «en lo íntimo, en el fondo del alma, está el Reino de Dios, que no crea cosa penetrable». «El demonio» puede presidir sobre las vanas ceremonias y las prácticas supersticiosas»; pero el «puro primitivo mágico» es el llamado hacia afuera de ese divino poder desde lo profundo de alma.

Toda esta diferencia que parece indicar el antiguo místico

podría presentarse como la existente en el Hata Yoga y el Raja Yoga.

Van Helmont, sin embargo, limitó sus experiencias sobre sí mismo en los métodos espirituales. Durante el curso de una investigación sobre la naturaleza de los venenos vegetales hizo una preparación de acónito que gustó sin ingerirla. Inmediatamente pasó á la condición de cenagrón, lucidez intelectual, á la que se asoció un intenso placer. Sus estados conscientes apareciéronle derivados del plexo solar. Comenzó á experimentar éxtasis, y desde ese tiempo sus sueños nocturnos estuvieron llenos de visiones que le iluminaron y le regocijaron en gran manera.

Sobre semejantes experimentos parece que fundó su teoría de que el plexo solar es el asiento del sentimiento, como el cerebro lo es de la memoria, de la reflexión y del juicio.

El primer sueño recordado—bastante grotesco—le acaeció cuando contaba treinta y tres años. Van Helmont, habiendo, como dice, «tras una muy fatigosa contemplación», en la que pudo obtener algún conocimiento de su mente, «resbaló por sueño y fué arrebatado de la senda de la razón», encontrándose de pronto en una obscurísima sala. En ella vió una mesa, sobre la que había una botella de licor. «La voz del licor» le dijo: «¿Quieres tener honores y riquezas?» Quedó confundido bastante tiempo pensando qué quería significar aquéllo, cuando de pronto observó que por una grieta de la pared salía extraordinario resplandor; «imposible de expresar esas palabras». Cuando la grieta gradualmente se fué cerrando se acercó á la botella y se esforzó en abrirla. Después, tras un gran trabajo, cuando ya iba á gustar el licor, de pronto, «un terrible golpe» le despertó.

Durante veintitrés años continuó «anhelando el gran deseo» de conocer un alma. Estudió medicina muy profundamente, leyó todo género de obras médicas, hizo experimento tras experimento y llegó á la conclusión de que no sabía nada. Creyó desesperar y se «aterrorizó».

Al cabo, cuando ya tenía cincuenta y seis años de edad, «le invadió un gran reposo» y creyó en lo que llamaba un sueño ó visión «intelectual». En esa visión reconocía su alma «en una forma humana, pero libre de la especificación de sexo». Esa figura, aunque divisada «como en medio de un rompimiento», y «vuelta como si fuera el cascarón de él mismo», se le apareció como compuesta de una luz indecible, intensa, incomprensible.

Entonces Van Helmont comprendió que era la misma luz que le había asustado en su sueño de la grieta treinta y tres años antes. Y realizó el anhelo de su gran deseo, pero no pudo alcanzar el verdadero conocimiento del alma.

Sin embargo, aprendió alguna cosa: del esplendor de su sombra animada (soul-shape), que parecía penetrable, sacó que «la gran luz de este mundo aparta la obscuridad», y su mente descubrió «la ceja del verdadero ojo, que no se parece al ojo humano, ya modificado por hábitos y diversidad de humores, y que es único, redondo, claro y como la estrella de Venus, perceptible desde lejos. Por ese ojo, y mediante esa luz, el soñador llegó á ver nuevas cosas. Halló que sus métodos de indagación habían sido erróneos. Por este Espíritu, adquirido entonces, «comprendió la paz y el descanso, sin llegarle á cegar las apariencias de las cosas con sus intrincadas falacias, no corriendo tampoco hacia ellas buscando sus relaciones, ni inclinándose á una solución ó á un acuerdo». Pues «tuvo noticia de que la pristina majestad de la mente, una vez caída, era auxiliada por la sensibilidad del alma, que ejerce sobre ella como un vicariato».

Por estos y otros pasajes es evidente que Van Helmont derivó de sus visiones la doctrina enseñada también por muchos místicos, especialmente de su época, la que dice, exponiéndola más brevemente que el filósofo, que el verdadero conocimiento espiritual no es una función de la mente. No es sino después de haber trascendido el proceso de la mente, sus análisis y sus síntesis, cuando podemos «recordar lo que comprendemos», como dice él. Pues la mente «orgullosa y vana se atribuye á sí misma una verdadera autoconsciencia». Así es como «no señalamos lo que conocemos hasta que no ha llegado hasta nosotros por un orden sensible». Esto es, hasta que lo más inferior y lo más elevado hacen uno. Lo que Van Helmont, ó más bien su traductor, muy acertadamente expresa diciendo: «Cuando han verificado con cierto paso sobre las facultades, y las más recónditas acciones se han anotado en su centro.»

El vidente se determinó á profetizar en adelante por la luz que contemplara. Pero sabía muy bien que «por bella que fuera la visión» no era más que un puro símbolo. En el presente estado no podía, «en la meditación más abstracta», concebir «lo increado de la mente inmortal, desprovista de toda figura». Cuando consiguió tan deseado objeto en su existencia no quería

estar bajo sombras y figuras de lo que quería conocer. Quería estar «en su propia idea».

Otra «visión intelectual», referida por Van Helmont, le cupo sobre la confusión de un libro que destinaba á la publicidad, en el que investigaba las pretensiones de la ciencia médica del día, y que descansaba únicamente sobre la ignorancia y la audacia.

Durante su meditación creyó revivir toda su vida y se afligió al encontrar que todo lo que había hecho había sido únicamente comprender sus propios fines. Resolvió así sacrificar el libro en el que había empleado tantos años, escrito únicamente para satisfacer su vanidad y no para «el honor de Dios». Pero fué desterrado en semejante propósito. Vió ante sí mismo «un frondosísimo árbol que se extendía y abarcaba todo el horizonte, acercándosele de tal modo que le produjo un grandísimo y notable espanto. Estaba salpicado de innumerables flores fragantes y del más precioso color uniforme para todas; en cada uno de esos vástagos se mostraba como la promesa de un fruto». Recogió «uno de los muchos que ofrecía el árbol y apreció su aroma y su color y todas las gracias de las flores que en seguida parecieron». Él interpretó aquéllo como significando que «todos los dones de Dios son como flores, más gloriosas que Salomón en su trono, pues en verdad así se ofrecían en el árbol. Pero si un hombre se apropia por sí mismo de una obra, ó se arriesga á tomarla del original, entonces la flor se desvanece y el *recolector queda debiendo el prometido fruto*».

Comprendió, pues, que á pesar de los indignos motivos que tenga un hombre no dcbe contener su acción si ella puede ser ventajosa para los demás, y terminando su obra la dió á la estampa.

Es imposible, leyendo las obras de Van Helmont, no sentir algún afecto por el autor. En medio de su sencillez, de su puerilidad, de su sinceridad, brillan aquí y allá relámpagos que destierran la obscuridad. En lo tocante á la naturaleza, esta es la reflexión con que acaba muchas veces sus reminiscencias: «Aunque no sea fácil, no deben recibirse las alabanzas, pues no es difícil deleitarse con lo que se promete.»

R. L.

EL REGALO DE LOS DIOSES

§ I.—EL PAPEL DIVINAL DE LOS SABIOS

Estas líneas primeras han sido precisamente las últimas que ha concebido el autor de este trabajo; son un compendio, un resumen de toda la investigación que ha hecho sobre el tema que va á desarrollar nuevamente ante el lector. Al alterar así el orden de su exposición cree hacerla más comprensible, y manifestando, aunque sea á modo de resumen, el positivo resultado que ha obtenido en aquél, cree también demostrar la importancia del asunto que ha escogido, tanto para su propia cultura como para su fortificación moral.

Pero nuestras últimas palabras y nuestras últimas ideas, para ser realmente las últimas de una serie cualquiera, de la serie á que pertenecen y que concluyen, han de ser, por condición ineludible, las primeras que han debido de ocurrírsenos, si bien por su posición final no lo parezcan. Si las últimas ideas no perteneciesen, en verdad, á sus primeras, serían las primeras de otras últimas. La indagación no es estéril, sin embargo, á pesar de este inevitable resultado de llegar tras un viaje, muchas veces fatigoso, á un sitio que es el mismo de donde se ha partido. Cuando se vuelve, si se ha viajado bien, conocemos mejor á nuestra aldea. Esto último que el autor ha recogido en su trabajo pertenece por completo á lo primero; es realmente lo primero que ha sentido, lo primero que debió ocurrírsele de no recibirlo como un beso de luz sobre su frente, ó de sentirlo en su corazón como la mano de un bondadoso Maestro.

«Humano, demasiado humano» todavía para una iluminación semejante, lo que ofrece el autor como principio y como fin de su trabajo lo ha adquirido mediante una reflexión profunda y una labor continuada. Y la gran verdad, la gran idea, la gran revelación que ha conseguido ha sido una confirma-

ción personal de lo que ya está confirmado para tantos estudiantes y estudiosos teosofistas. Ha adquirido una razón para sí, una razón que, al hacerla pública, espera sirva como un dato para esa razón última de aquellos que aguardan una para reconocer la existencia de la Doctrina Secreta y de una Sabiduría Antigua.

Esa Ciencia Perdida, esa Revelación Divina y ese Saber Olvidado están suficientemente atestiguados para quien se tome el trabajo de registrar los archivos de la humanidad, para quien mire con verdadero espíritu la naturaleza de las cosas y para quien sepa adentrarse como se debe en los múltiples monumentos que nos quedan. Con más habilidad que verdadero reconocimiento de la verdad pasada se ha querido testificar la Revelación Divina, recordando que los hombres más remotos se han servido de adelantos y progresos materiales que parecen descubiertos ó inventados en nuestros días, y que habríamos de llamarlos de otro modo, desenterrados, recordados, redescubiertos, si hemos de expresar con propiedad nuestras ideas. Eso significaría muy poco, y, á lo más, sólo demostraría la ley cíclica de nuestra mente y el curso que en cada hombre sigue la evolución de la inteligencia. Cada uno vuelve á redescubrir todos los grandes descubrimientos humanos. La prepotencia mental del hombre de genio está en que ha redescubierto todos los descubrimientos hasta el último conocido. Una inhabilidad para proseguir toda la historia es lo que determina el alcance intelectual de cada hombre; así, mientras el genio se ofrece como el último de los humanos, el hombre vulgar, el idiota y el niño permanecen estancados en un período del pasado. Unos viven en la edad heróica, algunos han llegado á los albores de la edad moderna, y una inmensa mayoría permanece estacionada en los días de los Bárbaros ó de la decadencia romana. La verdadera demostración de la Revelación Divina no se halla tanto en el uso y en el conocimiento que haya hecho ó tenido el hombre del ferrocarril, del vapor, de la pólvora ó de la electricidad, como en la antigüedad de las ideas morales y en la creación de los símbolos. Todas las máquinas, todos los aparatos, todas las herramientas han sido precedidas de una idea. Y todas las modificaciones introducidas en el mundo de los cuerpos se han hecho para la comodidad de la vida, pero no para la satisfacción de la mente.

En un principio fué el Verbo, después fué la máquina.

Un aparato no es más que una determinación de lo indeterminable, no agota, no concluye con el principio sobre el que se ha fundado. Todo el vapor no se encierra en la locomóvil, ni toda la electricidad concluye en el tendido de un cable sin fin. En el símbolo se concluyen, se comprenden y se agotan todas las posibilidades de un orden cualquiera. La existencia de un símbolo en lo más remoto de nuestra historia será, pues, más beneficiosa para la demostración que se pide que el recuerdo ó la sombra de un pararrayos, de un telégrafo ó de una máquina de escribir en cualesquiera edad antes del Cristo. La máquina, el aparato, la herramienta se construyen para una dominación concreta, son resoluciones personales que han de socializar el amor y la fraternidad de los hombres. El símbolo no es una resolución personal, no es una imposición ni una connotación humana, sino algo superior á todos los hombres, ya que no puede comprenderse en su completa totalidad, y ya que encierra y contiene todas las posibilidades de las cosas. Lo verdaderamente divino y revelado que poseemos son puros símbolos, y lo humano que trasciende y se eleva va haciéndose lentamente un símbolo á medida que se acerca á la Única Verdad existente. La verdadera definición de cada ciencia—esa ímproba tarea que no ha de terminar para el hombre sino cuando llegue al último plano—es la construcción de un símbolo. El mundo entero lo es, y en esto está la profundidad de la hermosa frase de Goethe: «La realidad no es más que un símbolo.»

De todos los hombres, los más estimados han sido siempre los constructores de símbolos, imposiciones humanas, trascendentes, sí, pero remedos y atisbos del Mayor y Más Grande de los Símbolos. Esos hombres son los primeros hombres históricos ó míticos que nos ofrecen las fábulas y las historias de los pueblos. Un exceso de amor, de veneración, les ha quitado cuanto tenían de humanos, y hoy los vemos más como semidioses ó enviados divinos que como semejantes nuestros. Los que realmente nos legaron un verdadero símbolo fueron, en verdad, enviados; los que extendieron esas divinas donaciones fueron hombres, sí, pero perfectos discípulos de los Guias más remotos de la especie.

El inventor, el constructor, el sabio de aquellos días era un

elegido, elegido no porque se le exceptuase de los demás, sino por exceptuarse él por su progreso, un elegido que mediaba entre la Verdad y los hombres. Las condiciones de su mente le ponían por encima de la comprensión común, su perfección moral le hacía amar el bien activo, y el ejercicio del poder ó del sumo sacerdocio son las dos condiciones que, reunidas ó separadas, este caso es más reciente, adornaban al sabio. Los reyes más remotos fueron así los primeros constructores, los primeros inventores de la humanidad y los sabios más antiguos de los pueblos. Se dice reyes, pero no es esa la palabra más adecuada para significar el «modo» de su poder. Eran los directores sociales. La realeza, tal como la conocemos hoy, tiene una significación política que, naturalmente, no tuvo, no ya en los comienzos de la cuarta raza del saber teosófico, sino ni siquiera en los comienzos de la Edad Media de la historia positiva. Hoy no se puede concebir que un país, v. gr., tenga dos reyes al mismo tiempo, y ese es el caso que se repite con frecuencia en la historia antigua en muchísimas naciones. Los dos reyes, los dos jueces, los dos arcontas, los dos Césares lo encontramos en la misma historia de Europa.

La dirección de los pueblos se otorgaba á los enviados divinos, como se otorgó luego á los hombres, por la perfección moral que habían alcanzado. El mando sobre las masas no era más que accidental; el regirlas era la misión encomendada más encarecidamente. Dentro de las épocas históricas vemos cómo las repúblicas griegas postulan de cuando en cuando la estancia de un sabio reconocido para que les dé una constitución. Se les pide su sabiduría.

La vida política se ha considerado siempre como una traducción práctica de una norma moral. Confucio mismo, uno de los iniciados menos interesados en el mando, y Pitágoras también, llegaron, á pesar suyo, á mandar, á reinar, que diríamos hoy, sobre grandes multitudes. El prestigio moral de Mahoma le colocó á la cabeza de su pueblo como un cuasi último iniciado de Occidente (?). La tradición nos ofrece á Buddha naciendo en un lecho real, del que se aparta para regir un reino más grande que el acotado por la fuerza de las armas, y el Cristo, cuyo reino no era en verdad el de este mundo, sufrió una afrenta, ó una reparación tardía, titulándole sus verdugos *Iesus Nazarenus Rex Iudeorum.*

Esta exaltación al gobierno de los hombres que han sufrido, ó que se ha encomendado á los salvadores humanos, se ha efectuado por su sabiduria, sabiduría divina, iniciación altísima de que estaban plenísimos esos Hombres divinos. El culto al sabio lo ha rendido y lo rinde la humanidad porque, consciente de su destino, sabe que en el sabio existe un representante de la Verdad Inmutable. Un rey sabio es la primer leyenda universal de los pueblos; un rey santo es su segunda, y á menudo la leyenda del uno sigue inmediatamente á la del otro, dividiendo para el mito de la historia positiva el símbolo, la verdadera realidad que ha existido como una para todos los pueblos.

Y en verdad que sólo el rector, el regidor, el que rigió, el que reinó por su amor y por su saber pudo transmitir á los hombres esos símbolos sagrados que compendian y cifran toda la sabiduría.

Los otros sabios, «los sabios menores», también tienen su papel divinal que cumplir entre los hombres. El punto de la indagación del sabio, del sabio humano, sobre ser un un adelanto para el orden positivo de la cosas, es siempre de una maravillosa y sorprendente oportunidad (?). Gutenberg, Wat, Stephenson, Bell, diríase que habían adivinado lo que iban á hacer los hombres después de esas invenciones y descubrimientos. Hay un secreto, un ocultismo, un misterio tan grande en la psicología mística de las invenciones humanas, que se puede sospechar las infunde la Divina Voluntad para dar á conocer con tiempo lo que ha de venir después. Antes de inundar el planeta los Elhoim de los cielos, hacen que surja el genio del primer armador del mundo, y un globo libre y sujeto al capricho de los hombres es posible que flote en el espacio antes que la tierra se resquebraje y lance sus hijos á otro cuerpo.

RAFAEL URBANO

LA META QUE DEBEMOS ALCANZAR

Así como en cada encarnación ó descenso en el plano físico debe la mónada humana llevar á cabo una determinada labor, del mismo modo durante el dilatado lapso de tiempo que vive en un mundo ó esfera debe alcanzar una determinada meta ó etapa de progreso. La meta de progreso que la mónada humana alcanza en tanto vive en un mundo cualquiera está constituída por la suma de los conocimientos y experiencias que ha obtenido en sus numerosas vidas físicas, astrales y manásicas. Ya recordaremos que la mónada humana progresa constantemente, aunque de diversos modos, en los planos físico, astral y manásico, y que cada vez que pasa sucesivamente por estos tres planos constituye lo que llamamos una reencarnación ó vuelta al plano físico. El mundo en que vivimos, y que como hemos dicho en las precedentes páginas, está formado por tres planos ó tierras, la tierra física, la astral y la manásica, es un cuerpo como otro cualquiera; es un cuerpo como el que nos hallamos revestidos y que nos sirve de instrumento de progreso, pero con la importante diferencia de que su duración es incomparablemente mucho mayor. En el precedente capítulo hemos hablado de hombres que han alcanzado la perfección humana y de otros que se hallan próximos á la misma. Pues bien; esta perfección es la que debemos alcanzar en tanto dure la vida del mundo que ahora habitamos, y no cabe la menor duda que la mayor parte de las mónadas humanas la obtendrán. Decimos que esta perfección la obtendrán la mayor parte de las mónadas humanas porque es seguro que las que se hallan relativamente rezagadas en el camino del progreso sólo la conseguirán hasta un determinado punto, esto es, serán hombres relativamente perfectos, y las que se hallan todavía más rezagàdas es muy posible que sólo alcancen el estado de perfección del hombre ordinario, pero instruído y regularmente altruísta de nuestros días. Hemos dicho que debemos alcanzar esta perfección, aun cuando en es-

tricta verdad debiéramos decir que *podemos* alcanzarla, dado que para ello debemos primero *querer*. Nuestra libre voluntad es el factor más importante para conseguirla, por cuyo motivo no debemos considerarla como un deber que la ley nos impone forzosamente, sino como una gloria que por nosotros mismos podemos conquistar si tal es nuestro deseo. Lo hemos dicho y lo repetimos: el factor más importante del progreso del hombre es el hombre mismo; pero éste es generalmente perezoso, y así preferiría que la ley se encargara de hacer lo que á él le incumbe.

Según ya hemos dicho, hace diez y ocho millones de años que la mónada humana progresa en este mundo en calidad de tal. Decimos en calidad de tal porque, según nos enseña la Teosofía, las formas que la mónada animó antes de este período no eran verdaderamente humanas, á la manera que ahora entendemos esta palabra, sino otras formas que diferían más ó menos de la actual. Sea como quiera, y partiendo de esta época, las mónadas ú hombres hace diez y ocho millones de años que progresamos en la forma humana, y durante este período hemos animado sucesivamente verdaderas formas humanas de distintos colores, estatura y densidad. Las distintas formas que hasta aquí hemos animado desde que por cuarta vez habitamos este globo, son cinco, y en lo futuro debemos animar otras dos, en total siete. A estas distintas formas, bien sean humanas, ó que difieran en algo del tipo humano, la Teosofía les da el nombre de razas humanas porque en ellas habitó, habita ó habitará en lo futuro la mónada que alcanzó el nivel del sér que es más ó menos razonable, que es más ó menos consciente de los actos que ejecuta. Así, pues, en este globo han existido hasta aquí cinco razas humanas, las cuales hemos animado sucesivamente las mónadas humanas. El período de los diez y ocho millones de años de que hemos hablado, principió á la mitad de la tercera raza, de modo que desde esta mitad hasta algo más de la mitad de la quinta raza, que es la que actualmente animamos, ha transcurrido este inmenso período de tiempo. Decimos que nos hallamos á algo más de la mitad de la quinta raza porque, según nos enseña la Teosofía, cada raza se subdivide en siete subrazas, y actualmente animamos, especialmente los europeos y los americanos civilizados, la quinta subraza de la quinta raza. Con los datos que preceden no hemos hecho más que repetir lo

que ya se ha dicho en otros libros teosóficos; pero ha sido con el objeto de establecer un paralelo entre el tiempo transcurrido y el que todavía está por venir; ha sido con el fin de que nos sea dable comprender, siquiera sólo sea de un modo aproximado, el tiempo que nos resta para poder alcanzar la perfección humana, ó sea para poder alcanzar la meta á que es susceptible de conducirnos este mundo en su presente modo de ser.

Los mundos, lo mismo que nuestros cuerpos, tienen un objetivo fijo y determinado; tienen una misión que realizar, como lo tiene absolutamente todo en la Naturaleza. Así, nuestro mundo que, como hemos dicho, es la cuarta vez que lo habitamos, tiene al presente una misión fija que realizar, del mismo modo que la tuvo las tres veces precedentes que lo habitamos, quizás la primera vez en calidad de mónadas minerales, la segunda en calidad de mónadas vegetales y la tercera en calidad de mónadas animales. Siendo este objetivo un algo fijo y determinado, tiene, como es lógico suponer, un límite del cual no puede pasar. Este mundo, como todos los demás, no puede suministrar á la mónada más que aquellas experiencias que en su materia imprimió el Logos que lo formó, por cuyo motivo, cuando el hombre ha adquirido todas las que puede proporcionarle, no está sujeto ya por más tiempo á permanecer forzosamente en él, de suerte que si continúa habitándolo, ya sea en su plano físico, astral ó manásico, esto lo hace por amor á los que se han quedado atrás y con el objeto de ayudarles á franquear el camino que él ha recorrido ya. Los mundos, cuerpos y formas están limitados á un objetivo fijado de antemano por la ley, y de aquí no pueden pasar, al paso que la mónada humana no conoce otros límites que los de su libre voluntad. De aquí que algunos hombres que se han adelantado á su raza se hallen ya libres para siempre de las limitaciones de los cuerpos que están formados de la materia de los mundos cuyas experiencias han agotado. Cuando los mundos han terminado la misión para la cual fueron formados, entonces desaparecen del escenario del universo, del mismo modo que desaparecen nuestros cuerpos de la tierra. Pero los mundos llegan siempre á la edad prefijada por la ley, es decir, mueren de vejez, en tanto que nuestros cuerpos mueren prematuramente, en muchos casos, á causa de suicidio, de accidentes kármicos, ó debido á nuestros vicios y excesos. Sin embargo, entre nuestro mundo y nuestros cuerpos hay una

diferencia esencial de que debemos tratar. Ya hemos dicho que esta es la cuarta vez que habitamos este mundo; pero esto, sin dar más explicaciones, sería una idea confusa y difícil de comprender. Por tanto, cuando por vez primera habitamos este mundo, y después que hubo servido para el objetivo que se propuso su Constructor, las mónadas que lo habitaban debieron abandonarlo, no porque debiera morir de vejez, sino porque necesitaba reposo; no porque hubiese llegado su última hora, sino porque no podía sostener por más tiempo á la vida ó conjunto de mónadas que en él progresaban. Los mundos, del mismo modo que nuestros cuerpos, necesitan descanso, necesitan reponerse de las fatigas de la tarea que han llevado á cabo, y por esto se sumen en tranquilo sueño, como lo hacemos nosotros después de un día de penosa labor. Hasta los mismos continentes que forman nuestro globo se sumergen durante largos períodos de tiempo en el fondo de los mares para volver á surgir después llenos de vigor y lozanía, y de esta suerte suministran al hombre todo aquello que es indispensable á su vida física, así como el desarrollo y crecimiento de su verdadero yo, la mónada inmortal. Los continentes se agostan y languidecen con el tiempo, por cuyo motivo necesitan reponerse de sus fatigas hundiéndose en el seno del mar, del mismo modo que los mundos se debilitan y pierden su vigor, por cuya causa necesitan sumirse en un prolongado y profundo sueño, á fin de adquirir las condiciones que necesitan para poder servir de instrumentos idóneos al nuevo objetivo que la ley se propone. Esta es la diferencia que hay entre el mundo que habitamos y nuestras envolturas físicas. Así, nuestro mundo ha dormido ya por tres veces sucesivas, y aún volverá á dormir cuatro veces más; pero cuando duerma por séptima vez será para no volverse á levantar jamás de su sueño (1).

Si desde la mitad de la tercera raza hasta algo más de la mitad quinta han transcurrido diez y ocho millones de años, podemos deducir, guiándonos por estas cifras, que cada raza subsiste sobre la tierra que pisamos durante un período de unos ocho millones de años próximamente; de modo que hallándonos á algo más de la mitad de la quinta raza, y debiendo, por lo tanto, aparecer todavía en el futuro sobre el escenario de este mundo

(1) Para más detalles consúltese la *Genealogía del Hombre*, de Annie Besant.

dos razas más, de aquí que podamos suponer que nuestro globo no se sumirá en su cuarto sueño hasta dentro de unos diez y nueve millones de años. Así, pues, si nuestro cálculo es exacto, nos quedan todavía diez y nueve millones de años para alcanzar la meta más elevada á que puede conducirnos en su etapa actual el globo que habitamos. Cuando suene la hora prefijada por la ley, nuestro mundo se sumirá en su cuarto sueño, y entonces deberemos abandonarlo, llevando cada uno de nosotros aquella cosecha de experiencias y conocimientos que hayamos conseguido adquirir durante su estancia en él. Abandonaremos este mundo para pasar á otro que es hermano suyo, pues, según nos enseña la Teosofía, nuestro mundo tiene seis hermanos, los cuales, junto con él, forman lo que en términos teosóficos se llama una serie ó cadena septenaria de globos, á través de cada uno de los cuales debe pasar la mónada por siete veces sucesivas durante su larga peregrinación evolutiva.

Pero ¿está supeditado el hombre á vegetar forzosamente sobre este mundo durante este interminable período de tiempo para alcanzar la suma de perfección que puede proporcionarle? No, en manera alguna. Este inmenso lapso de tiempo sólo es el resto del período de actividad que la ley tiene señalado al mundo que nos sustenta antes de que se suma en su cuarto sueño. Nosotros podemos reducir este período á la mitad, á la cuarta, á la décima, á la centésima, á la milésima parte ó más si tenemos bastante fuerza de voluntad para conseguirlo. En nuestra mano está el abreviar este período, bastando para ello con que queramos. La voluntad del hombre es una fuerza mil veces más potente que la ley, por lo que se refiere á impulsar y acelerar su perfeccionamiento y progreso. La ley conduce por modo infalible hacia la perfección á todas las mónadas que surgen del Espacio Infinito; pero este proceso de perfección llevado á cabo por la ley es tan lento, que en muchos millares de años apenas es sensible la suma de progreso que la mónada realiza. Por este motivo pasa la mónada millares de millones de años animando sucesivamente los tres reinos elementales y los reinos mineral, vegetal y animal de que hemos hablado en los capítulos precedentes. En todos estos reinos sólo la ley es la que impulsa al progreso de la mónada, y de aquí que su desarrollo sea tan lento. Pero una vez que la mónada humana alcanza el reino humano, entonces el proceso de su evolución cambia de aspecto, porque

además del impulso natural que á su progreso presta la ley, se añade el que, debido á su libre voluntad, puede prestarle ella misma. Sin embargo, al principio de su entrada en el reino humano, el impulso que la mónada presta á su desenvolvimiento es muy débil, aunque gradualmente toma mayores proporciones y se acentúa de modo que se convierte en un factor importante. Pero cuando el impulso que la mónada presta á su progreso toma proporciones colosales es en el momento en que se da cuenta de su verdadera naturaleza y comprende el objetivo que la ley se propone al mandarla á progresar en los distintos mundos y cuerpos que sucesivamente habita. Cuando el hombre comprende la naturaleza de su verdadero yo, y los elevados destinos que debe alcanzar, entonces no da importancia alguna á las perecederas cosas de este mundo, esforzándose, por el contrario, en prestar todas sus energías al objetivo que la ley se propone, el cual no es ni puede ser otro que el de que alcance la mayor suma de dicha y felicidad en el menor lapso de tiempo posible. Siempre han existido, y aún existen en la tierra, hombres de nuestra raza que comprendieron y comprenden este objetivo, y uniendo la práctica á este conocimiento han conseguido, en un número relativamente escaso de encarnaciones, realizar un progreso que á otros menos cuidadosos y menos amantes de sus verdaderos intereses les costará un gran número de ellas, con la consiguiente suma de sufrimientos y penalidades de toda especie. Si es cierto, como lo es por modo infalible, que el hombre puede acortar el número de sus encarnaciones físicas, ¿hemos de ser tan necios que no aprovechemos este inapreciable don que poseemos? ¿Hemos de continuar permitiendo que la Naturaleza nos lleve de una mano como á los niños su nodriza? El niño no puede echar á correr en tanto su nodriza le tiene asida la mano; debe concretarse á marchar al paso que su nodriza lleva, y la Naturaleza marcha á un paso mucho más lento todavía que el de la más lenta y calmosa de las nodrizas. La Naturaleza lleva asida á la mónada por ambas manos, en tanto anima los reinos inferiores, y cuando alcanza el reino humano le suelta una mano, pero continúa asiéndola por la otra hasta que es bastante fuerte para marchar por sí sola. Claro está que los movimientos de la mónada son bastante más libres cuando se halla asida por una sola mano; pero no lo son todo lo que puede y deben serlo para que pueda moverse con entera li-

bertad, esto es, para que pueda marchar corriendo por el camino que ha de conducirla á la liberación de los renacimientos forzosos. Por supuesto, lo que acabamos de decir sólo es una figura, pues la Naturaleza ó ley jamás abandona á nada ni á nadie; pero con esta figura queremos dar á entender que el hombre no debe consentir, para su propio bien, que sea la Naturaleza el factor más importante de su progreso, sino que debe serlo él mismo, dado que, poseyendo una voluntad libre y una conciencia razonada, está en condiciones de poderlo ser, y sin ninguna clase de duda, un día ú otro lo será. ¿Por qué hemos de esperar que transcurran diez y nueve millones de años para alcanzar una meta á la que podemos llegar, si tal es nuestra voluntad, con una centésima ó quizás con una milésima parte de este lapso de tiempo? No hay motivo razonable para una tal espera, ni mucho menos nos es útil y ventajosa á nuestros verdaderos intereses. Lo que se puede obtener á un precio relativamente moderado no debe preferirse comprarlo pagándolo á un precio exorbitante. Esto último constituye una verdadera necedad, que ningún hombre razonable está en el caso de cometer. Sin embargo, esta necedad la cometen todos aquellos que prefieren marchar por el camino trillado que la Naturaleza tiene abierto á todos los séres, á todos aquellos que prefieren marchar asidos de la mano que la Naturaleza tiende á todas sus criaturas, mano de la cual nosotros debemos esforzarnos en desprendernos si queremos alcanzar cuanto antes la meta ó tierra prometida. Esta necedad la cometemos los hombres porque todavía no tenemos desarrollado el verdadero sentido común. No, la mayor parte de los hombres no tenemos todavía verdadero sentido común, mal que á nosotros mismos que escribimos estas líneas nos pese tener que decirlo. No pretendemos con esto denigrar la raza á la cual pertenecemos. Bien saben aquellos que nos conocen, y, sobre todo, Aquellos que pueden leer en nuestro pensamiento, que lo que pretendemos es elevarla y labrar su felicidad, y á este desinteresado fin dirigimos todas nuestras débiles fuerzas; pero entendemos que para conseguir que nuestra raza alcance lo más pronto posible la meta que en esta etapa de su progreso le tiene señalada la ley, es de todo punto indispensable decirle lo que en conciencia creemos ser la verdad. Y la verdad es, según nuestro leal modo de ver y entender, que no tenemos todavía verdadero sentido común. Porque, ¿cómo

es posible, si tuviéramos verdadero sentido común, que aceptáramos como moneda corriente los terribles absurdos y las miserables cuanto monstruosas concepciones que con respecto á Dios y á la ley sustentan hombres que á sí mismos se llaman sabios, eminentes y santos, y que como tales pretenden ser los directores de la raza? No, estos terribles absurdos y estas miserables concepciones no pueden caber en la mente de ningún hombre que tenga verdadero sentido común. Sin embargo, el hombre es un sér que está dotado de razón, y quien dice razón debe decir forzosamente sentido común. Pero este sentido común sólo lo tenemos desarrollado, la mayor parte de los hombres, en su nivel inferior. En este nivel inferior sí que lo tenemos desarrollado, demasiado desarrollado por desgracia, pues en cuanto á sabernos manejar para adquirir lo que debemos perder sin remedio, somos bastante duchos y diligentes; pero cuando se trata de obtener lo que jamás puede perderse, entonces ni siquiera queremos tomarnos la molestia de indagar y estudiar el asunto que á nuestra consideración se ofrece, y esto, creemos poderlo decir sin temor de equivocarnos, es carecer de verdadero sentido común. Al sentido común que hasta aquí hemos desarrollado la mayor parte de los hombres, creemos que se le podía dar el nombre de sentido común del *tanto por ciento,* del frío cálculo, esto es, el sentido común del egoísmo, que sólo tiende y busca el ilusorio beneficio personal, sin preocuparse para nada de los intereses ajenos; y al verdadero sentido común opinamos que se le podría llamar el que percibe las cosas tal como realmente son, y que, por lo tanto, sólo tiende y aspira á la adquisición de lo que es imperecedero, y sólo se preocupa del bien general.

¿Qué debemos hacer, pues, para acortar la distancia que nos separa de la meta que tarde ó temprano debemos alcanzar? ¿Cuáles son los medios que debemos emplear y la línea de conducta que debemos seguir para llegar cuanto antes á la tierra prometida? Aquí entra de lleno la misión de la Teosofía. Ella coloca ante nuestra vista los procedimientos que deben usarse para conquistar lo único que realmente vale. La Teosofía le enseña al hombre, por modo minucioso y detallado, cuál es su verdadera naturaleza, así como le describe la historia de su evolución y la de los mundos que ha recorrido en su ya larga peregrinación. La Teosofía no es una religión ni una ciencia, sino que es el conjunto de todo lo bueno, bello y verdadero que

contienen todas las ciencias y religiones del mundo, así como es el conjunto de todos los conocimientos que es susceptible de adquirir el hombre sobre la tierra. Aquellos que la han dado actualmente al mundo son nuestros Guías y Maestros, por cuyo motivo se halla exenta de falsos conceptos y groseros errores de que están plagadas las religiones vulgares y la ciencia ordinaria. No debemos, sin embargo, confundir aquí á la Teosofía con los teosofistas, pues la primera es la Sabiduría Divina, la Sabiduría de los Dioses que se hallan al frente de la Asamblea Legisladora que rige los destinos de nuestro mundo, los cuales son los más elevados de nuestros Guías y Maestros, en tanto que los teosofistas sólo somos simples estudiantes de esta Sabiduría que, por el momento, estamos muy lejos de poseer en toda su integridad, por cuya razón nos hallamos sujetos al error, lo cual no sucede con nuestros más elevados Maestros, quienes poseen en toda su pureza é integridad todos los conocimientos y sabiduría que la Teosofía contiene, y están tan seguros de lo que dicen acerca de los mundos y de las leyes que los regulan, como nosotros lo estamos de que vivimos y respiramos. Las enseñanzas que la Teosofía ha dado al mundo, con todo y ser de un alcance tan grande que ningún hombre ordinario, por sabio é instruído que sea, es capaz de asimilárselas, no son más que una pequeñísima parte del vasto conjunto de conocimientos que encierra. Nuestros Maestros no dan más porque tampoco conseguiríamos comprender lo que está fuera de nuestro alcance, y con ello sólo conseguirían confundirnos.

Ahora bien; en primer término, la Teosofía le dice al hombre que para alcanzar á la mayor brevedad posible la meta en donde todo sufrimiento cesa, debe colocar las cosas en su debido lugar. Debe hacerse justicia á sí mismo, colocándose en el lugar que le corresponde. Debe comprender que él es un sér inmortal por naturaleza, de modo que, haga lo que quisiera, no puede dejar de ser, no puede aniquilarse, no puede perecer. Luego le dice que debe dirigir toda su atención hacia este yo inmortal, esforzándose en comprender que su cuerpo no es este yo, sino una simple envoltura indispensable á su progreso. Y, por último, le dice que debe combatir á toda costa las tendencias egoístas y las sensaciones y emociones de carácter puramente animal. Por medio de estos procedimientos que aquí sólo hemos apuntado sin detallarlos puede el hombre apresurar é

impulsar su progreso, de modo que en un lapso de tiempo más ó menos corto, pues esto depende de los esfuerzos más ó menos enérgicos que en este sentido haga, pero siempre mucho más corto que el concedido por la ley, puede alcanzar la meta deseada. Ya hemos dicho que estos procedimientos se hallan minuciosamente detallados en la literatura teosófica. Pero aquí se presenta un primer obstáculo: el de poder convencerse de que es verdad lo que la Teosofía enseña. Este es el primer obstáculo y la principal dificultad que se presenta á la mente del hombre que jamás había ni siquiera soñado con semejantes posibilidades. Para allanar este obstáculo, para vencer esta dificultad, es de todo punto indispensable consagrarse con ahinco á un asiduo estudio de las doctrinas teosóficas. Todos sabemos que para saber es necesario estudiar. Todos sabemos que para asimilarnos un conocimiento ó ciencia cualquiera debemos consagrarnos á su estudio durante un determinado tiempo, y como sea que la Teosofía es la Ciencia de las Ciencias, y el conocimiento que contiene y abarca á todos los conocimientos, de aquí que para asimilarse uno sus enseñanzas le es indispensable dedicarse con ardor y perseverancia á su estudio. Si para asimilarnos un conocimiento ó ciencia vulgar cualquiera hemos de consagrarnos á su estudio durante un período de cuatro, seis ó diez años, pongamos por ejemplo, ¿hemos de extrañar que tratándose de la Teosofía, que es la Ciencia de la vida, la Ciencia que abarca la historia de la humanidad y del mundo que habita, debamos emplear asimismo para asimilarnos sus enseñanzas un determinado número de años? Esto no sólo no debe extrañarnos, sino que debemos ver que es una cosa muy natural y justa. Como fácilmente se comprenderá por lo que llevamos dicho, la Teosofía no es una religión de pueblo, casta ó nación, sino que es la religión que abarca á todas las razas humanas que han aparecido y aparecerán en lo sucesivo sobre la tierra, y su estudio es indispensable á todos aquellos que realmente tengan deseos de saber y progresar. Sin saber es de todo punto imposible que el hombre se decida á obrar deliberadamente en este ó en el otro sentido, como es asimismo imposible que se decida á marchar por un determinado sendero que, debido á su ignorancia, ni siquiera conoce.

Como se ve, aquí sólo se trata de saber, no de creer. Para creer sólo se necesita cerrar los ojos, mas para saber es necesa-

rio abrirlos tanto como á uno le sea posible. Para saber y comprender el verdadero objeto de la vida es indispensable dedicarse con ahinco al estudio y al trabajo, pues sólo por medio de ellos puede llegar el hombre á darse cuenta exacta de los enigmas que le rodean y resolver el intrincado problema de su existencia y de cuanto en torno de él existe. Si dedicamos una tan gran parte de nuestras energías al logro de las cosas triviales de este plano físico, las cuales sabemos que debemos perder sin remedio, ¿no podemos consagrar una pequeña parte de las mismas al estudio de las cosas elevadas que constituyen un caudal que debemos poseer eternamente? La simple suposición, la simple hipótesis de que somos inmortales y de que todas las virtudes y conocimientos que adquirimos no podemos perder jamás, debería inducirnos á investigar lo que pudiera haber de cierto en ellas. Nada podemos perder con dedicarnos al estudio de un apunte de tamaña importancia. Se trata de ser ó no ser, y nos parece que el asunto bien vale la pena de que le consagremos, cuando menos, nuestros ratos de ocio, los cuales dedicamos frecuentemente á cosas inútiles y hasta á veces perjudiciales á nuestra salud física y moral. Nadie puede estar seguro de que sean falsas las enseñanzas que la Teosofía aporta al mundo. Nadie que la haya estudiado con algún detenimiento ha dejado de comprender el inmenso valor y la trascendental importancia que encierran sus doctrinas, de modo que no existe una sola persona que no bendiga la hora aquella en que por primera vez la saludó y aspiró su benéfico influjo.

Así, pues, el paso preliminar que hay que dar para acortar todo lo posible la distancia que nos separa de la meta que debemos alcanzar, es el estudio de nuestro sér y del mundo que habitamos, y como sea que la Teosofía contiene datos abundantes acerca de ambos, debemos dedicarnos á su estudio, abrigando la más absoluta seguridad de que nuestras esperanzas no han de quedar defraudadas. El supremo interés de todos aquellos que se precien de tener sentido común debe ser el de reducir á la menor suma posible el número de encarnaciones en este plano físico, en donde el hombre se halla supeditado á tantas restricciones y sujeto á tantas miserias y calamidades, que bien puede decirse que, cuando vive en él, su vida se halla reducida á su más mínima expresión, y que si en la vida inmortal é infinita de la mónada hay algún estado al que se le puede dar el

nombre de muerte, este estado tiene lugar cuando se halla prisionera en su vestido de carne. ¿No es, pues, una verdadera lástima que teniendo al alcance de nuestra mano los medios para ahorrarnos sufrimientos y penalidades sin cuento no los empleemos para conseguir tan ventajoso como laudable fin? Sin duda alguna que lo es. Sin embargo, hay personas que, debido al estudio que acerca del modo de ser de las cosas han hecho, han llegado á convencerse de que existen tales medios y los emplean con fruto. Estas personas no son, según creemos, en gran número todavía, aun cuando no cabe dudar que su contingente aumenta de día en día á medida que las enseñanzas teosóficas logran iluminar las mentes que más receptivas son á los conceptos metafísicos y á las ideas de carácter noble y elevado. Dichas personas son, aun en este plano físico, relativamente felices, porque comprenden cuál es el objetivo de la vida y porque no tienen temor alguno á la muerte. El estudio de la Teosofía les ha puesto en condiciones de poder disfrutar de una calma y tranquilidad que es indudable no disfrutan las demás por desahogada que sea su posición social, pues el hombre que no posee una verdadera certidumbre de que existe una vida más elevada y más noble que la del plano físico, jamás le es dable sentir la alegría y satisfacción que siente aquél que esta certidumbre posee. Por este motivo nos esforzamos nosotros aquí para poner de relieve las ventajas inmensas que la humanidad reportaría si quisiera tomarse la molestia de estudiar el asunto que motivan las páginas de este libro. Nos esforzamos para que el número de personas que han llegado á comprender el objetivo de la vida aumente todo lo posible, porque de esta suerte, á medida que el número de estas personas aumenta, las fuerzas del bien adquieren nuevos adeptos que se restan á las fuerzas del mal, y así podemos tener por seguro que conseguiremos desterrar gradualmente de este mundo á la ignorancia, la cual es la madre prolífica y fecunda de todos los absurdos, tiranías y crueldades que todavía nos oprimen y embrutecen.

No hay otro camino: ó debemos esperar, para alcanzar la meta, á que transcurra el inmenso lapso de tiempo que aún tardará en sumirse en su cuarto sueño el mundo que habitamos, ó debemos tomarnos la molestia de estudiar los medios que la Teosofía nos ofrece para conseguirlo con mucha mayor brevedad. Si nos decidimos á marchar por el camino trillado que la

Naturaleza nos presenta, es muy probable que empleemos este gran lapso de tiempo para lograrlo; pero si en vez de seguir este camino tomamos el atajo, es seguro que llegaremos muchísimo antes. Podemos elegir. La meta se halla ante nuestra vista. Si queremos alcanzarla cuanto antes, debemos trabajar deliberadamente para conseguirlo; debemos emplear para ello medios extraordinarios; pero si así no queremos hacerlo, la misma ley se cuidará de conducirnos hasta ella por los medios ordinarios que naturalmente emplea. La elección no es dudosa para el hombre que tiene sentido común, esto es, para el hombre que comprende en qué consisten sus verdaderos intereses. Dos senderos existen que por modo infalible nos conducirán á la meta. Uno de ellos es el camino trillado y el otro el atajo que se halla á un lado de este mismo camino. ¡Felices aquellos que se deciden á marchar por el atajo!

José CRANÉS

CARTAS ÍNTIMAS SOBRE TEOSOFÍA

Mi querida Carmen: Hermosa en verdad me ha parecido la contestación que das á mi pregunta, y, sin embargo, á pesar de la belleza y claridad de tus conceptos, otros nuevos enigmas me sugiere mi mente inquieta, y si no es abusar de tu excesiva amabilidad, espero me ayudarás á descifrarlos con tu recto y claro juicio. ¿Por qué sentimos una especial predilección por algunos séres dentro del círculo de la familia, siendo todos buenos y cariñosos para con nosotros? ¿Por qué sentimos más simpatía por unos amigos que por otros, y hasta por ciertos animales, plantas y flores?

Queda como siempre tuya,

Emma.

San Gervasio 19 Noviembre 1906.

Mi querida Emma: No sé si podré contestar á tu nueva pregunta de una manera tan satisfactoria como desearía.

Yo creo que el grado de afecto y simpatía que podemos sentir hacia determinados séres es debido á múltiples causas, engendrando cada una de ellas aspectos distintos en su modo de

manifestación. Nuestras predilecciones pueden tener por base las condiciones puramente externas del sér ó de los séres por quien las sentimos. Pueden también apoyarse, sin que nosotros nos demos cuenta de ello, en el beneficio material—sea en la forma que sea—que esperamos ó recibimos del sér hacia el que sentimos nuestra inclinación particular. Pueden también ser debidas estas predilecciones á causas kármicas engendradas en vidas pasadas, ó pueden obedecer á la ley de afinidad. Si pudiésemos por un momento rasgar el velo que oculta nuestro pasado, ¡cuántos misterios se aclararían!

Desde nuestro punto de vista limitado debemos tener siempre presente que vivimos en un mundo ó plano de ilusión. A nuestros parientes y amigos no les vemos tal como son, sino que únicamente conocemos de ellos aquellos aspectos que con nosotros congenian. Dice un autor autorizado que «los demás aspectos del carácter de nuestros amigos ó parientes no existen prácticamente para nosotros, de tal modo que si una vez percibiéramos totalmente á nuestro amigo con la vista directa y perfecta del plano devachánico, lo probable sería que no le reconociéramos; no sería, por cierto, el sér querido que conocíamos».

La vista devachánica *directa* y *perfecta* á que el autor se refiere, ya comprenderás que no es la de un hombre ordinario más ó menos evolucionado, envuelto en su propia aura devachánica, sino la de un Adepto ó la de un discípulo bajo su dirección.

Tú sabes que todos estos afectos y predilecciones son la base de un amor universal *consciente*.

Respecto á los animales, plantas y flores, mi opinión es la siguiente. Generalmente, el hombre siente una inclinación muy marcada hacia los animales que han alcanzado cierto grado de individualización, esto es, los animales domésticos y todos aquellos que están más en relación con él, y en los cuales se manifiestan los primeros albores de una inteligencia rudimentaria.

Ahora bien; en el caso de que un hombre pueda sentir una inclinación particular por un animal determinado, es, á mi modo de ver, debido más bien al poder del animal para responder á las vibraciones del hombre en cuestión.

También sabes que la inclinación que sienten los animales hacia nosotros no puede ser despertada por nuestras cualidades

físicas, ni por nuestras cualidades intelectuales, sino por la cualidad amorosa de nuestra naturaleza particular.

Así, pues, el animal ó los animales por quien sentimos mayor predilección son los que mejor responden á las corrientes afectuosas que les son dirigidas.

Un hombre que posee una naturaleza amante es amado por todos los séres.

En cuanto á las flores, sucede en otro orden una cosa semejante. Las flores, con su color y aroma, emiten vibraciones que son más ó menos afines á nuestra naturaleza. Admiramos la belleza de todas porque la admiración por lo bello es en nosotros un sentimiento innato; pero preferimos algunas en particular porque sus vibraciones estimulan de un modo agradable nuestros poderes más activos. Nuestra predilección por una flor determinada puede obedecer también á que evoca en nosotros un recuerdo agradable ó feliz.

Pero hay un aspecto que es la más alta síntesis de todos los afectos y predilecciones terrenas, una necesidad de *fusión* que no tiene para nada en cuenta las cualidades ni los hechos presentes ó pasados, y que tiene su origen más allá de lo personal y de lo individual.

Es aquel «misterio» de que nos habla Maeterlinck, y que aunque vive en nosotros y es coeterno con la causa de nuestra existencia infinita, aunque es el poder que es para nosotros causa de nuestra existencia manifestada, no será alcanzado en absoluto hasta que nos bañemos en la Luz Nirvánica. Esto no se describe con palabras; únicamente el «silencio», que tanto sintió Carlyle, puede darnos la lejana y débil intuición de una vida tan excelsa. El Devachán es la vida del alma *personal*, la misma persona y el mismo nombre de la tierra. El Nirvana es la vida del Espíritu, la esencia, lo real, lo único eterno, la divina síntesis de todas nuestras vidas personales, terrenas y devachánicas, y cuanto más la espiritual creencia en nosotros presida nuestros actos y nuestros sentimientos, más participan de aquella inmortalidad.

Venimos al mundo una y mil veces á aprender la gran lección, hasta que somos lo suficientemente fuertes para cruzar el umbral de las Puertas de Oro, hasta que sabemos *conocer* y *distinguir* «lo real de lo falso, lo siempre inestable de lo sempiterno».

Saber ser fuerte, saber ser libre, saber ser sabio, saber ser amante. Esta es nuestra conquista aquí abajo.

Pero «vigilad», dijo Virgilio.

El enemigo vela, y si bien no debemos temerle, debemos estar siempre en guardia. Su vida depende de nuestra vida en los planos inferiores, y estimula los deseos que nos mantienen ligados á la misma. Únicamente el poder del Amor Espiritual puede vencerle; únicamente con este poder nos podemos hacer superiores á las ilusiones de los sentidos. Cuando sentimos lo eterno y queremos alcanzarlo, lanzamos inconscientemente un reto contra los poderes inferiores, y nos costará caro antes de que abandonen su presa.

Pero fiemos siempre en los Vigilantes y Divinos Séres que guían á la Humanidad, y un día llegaremos á ser aptos para ser sus servidores. Luchemos y confiemos. «El corazón mismo del Universo es Beatitud».

No sé, querida mía, si habré sabido complacerte; pero piensa siempre que mi pluma es torpe para decir todo lo que guarda mi alma.

Tuya siempre,

Carmen.

Barcelona 23 Noviembre 1906.

LEON HEBREO

JUDÁ Abrabanel, más conocido con el nombre de León Hebreo, es uno de los grandes hombres que la intolerancia del pasado ha restado de nuestra historia intelectual, y que habrá de perderse por siempre para nosotros, si, por los restos de aquel pecado, no le redimimos del silencio en que yaoe para tantos pensadores que hablan la lengua de Castilla.

El brutal edicto de los reyes D. Fernando de Aragón y doña Isabel de Castilla, que luego les confirmara el título de «Católicos»; aquel edicto cruel que arrojaba de los dominios españoles á los coterráneos del Hijo del Hombre, hizo que este gran filósofo y este gran escritor saliera de España para refugiarse en Nápoles, luego en Sicilia y finalmente en Génova.

León Hebreo no fué español, sin embargo, y esto es preci-

samente lo que por extraño que parezca, da más fuerza á la crítica contra la intolerancia cristiana de nuestros mayores. León Hebreo nació en Lisboa hacia 1460, pero vino á España muy joven, porque le trajo su padre, el célebre médico D. Isaac Abrabanel, que después de haber sido poco menos que el favorito del rey portugués D. Alfonso V, cayó en la desgracia á la muerte del monarca y hubo de refugiarse en Castilla para conservar la vida ya que no sus riquezas, confiscadas por sus enemigos á pretexto de acusarle como conspirador contra el reino.

Pues bien; este ingenio que se entraba en nuestra república intelectual dispuesto á robustecerla dándola nuevas ideas y nuevas palabras para verter los pensamientos; este hombre hubo de salir de nuestra patria porque los consejos que su padre diera al rey D. Fernando el Católico, buenos hasta el día antes del edicto (1492) eran ó serían perjudiciales al día siguiente del mismo.

Las hermosas palabras del rabí D. Sem Tob, judío de Carrión:

> Por nascer en espino
> la rosa, yo no siento
> que pierde, ni el buen vino
> por salir del sarmiento;
> ni vale el azor menos
> porque en vil nido siga,
> ni los exemplos buenos
> porque judío los diga,

que pudieron proferirse algunos siglos antes, serían improferibles desde la promulgación de semejante ley. Así perdimos á un gran hombre; pérdida insensible cuando se ven las cosas desde una superioridad mental que barre los linderos humanos, pero que testifica en este caso, como siempre, los perjuicios que acarrea la intolerancia. Porque no es indiferente al destino y á la vida de los pueblos que los hombres se encuentren en éste ó en el otro paralelo, y que vivan bajo uno ú otro meridiano. Aunque no nazcan nunca los cuerpos, nacen las almas, y nacen donde les cumple inaugurar un éxodo del Espíritu.

En 1502 acabó la gran obra que le ha hecho inmortal para todos los hombres. La materialidad de escribirla la pudo efectuar algunos días antes de darla á la estampa; pero ¿cómo fué concebida? ¿Cuánto tiempo duró su concepción? Estos intere-

santes extremos no podrán únicamente más que conjeturarse, y no creo que haya equivocación alguna si se asienta que la mayor parte de la cultura y de las ideas que tenía León Hebreo en Italia las había tenido antes en España, donde se hizo su corazón y su cerebro. El neoplatonismo que informa á los *Diálogos de amor,* no se ha derivado directamente del que introdujo en Italia Gemisto Plethón, ha servido, sí, esa corriente que nuestro filósofo encontró admirablemente encauzada en aquellos días, para determinarle á vaciar y verter sus propias ideas; pero estas ideas propias, toda su cultura, todo su espíritu verdad, era puramente español, y su platonismo es el platonismo de los españoles más esclarecidos, que siempre fueron platónicos contra los que se contentaban con el vasto saber del maestro de Alejandro. Y no olvidemos que antes de conocerse en la Península las obras de Aristóteles se conocían los escritos de Platón, y que Aristóteles entra en el mundo mental de Europa gracias á los árabes de España que nos lo traen, ponderado y sublimado, como se ha llevado por el positivismo de hace unos años el nombre y las obras de Spencer por todos los centros intelectuales de Europa y América.

En los días de León Hebreo, precisamente el platonismo tenía entre nosotros los mejores y más decididos partidarios. Fray Luis de León es un platónico, lo es Sebastián Foxo Morcillo, y lo es nuestro olvidado Miguel Servet, que nace á los pocos años de haber aparecido la primer edición de los *Diálogos de amor.* Si abandonamos este parentesco genuínamente español y pasamos revista por el platonismo que puede hallarse en la filosofía judáica de la Península antes de León Hebreo, lo que no es difícil de hacer, veremos cómo la médula del pensar y del sentir del ilustre filósofo tiene sus antecedentes dentro de nuestra casa.

Si esto no fuera bastante para desenterrar del olvido esta obra, la mejor y la más sublime de cuantas se han escrito sobre el más agradable y profundo de los temas que puede proponerse el hombre, el amor, esta obra cuenta con otro elevado valor que por ahora no puede más que indicarse hasta que venga una ocasión más propicia y una mayor dispensación de tiempo para exponerse como merece. Este valor á que he querido referirme y que no he señalado todavía, es que la misma obra de León Hebreo puede ayudarnos muy provechosamente para entender

y justipreciar una gran parte de los escritos de Santa Teresa, que si no conoció los *Diálogos de amor,* es indudable que tuvo los mismos maestros intelectuales que León Hebreo hasta que éste pasó á Italia.

La sugestión, el influjo, el poder que ejerció esta obra en España no los testificaré sino con una cita de Cervantes que entresaco de su prólogo á la primera parte de *Don Quijote de là Mancha.* «Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepais de la lengua toscana, topareis con León Hebreo, que os hincha las medidas; y si no quereis andaros por tierras extrañas, en nuestra casa teneis á Fonseca, *Del amor de Dios,* donde se cifra todo lo que vos y el más ingenioso acertare á desear en tal materia.» Y á la verdad hizo bien Cervantes en significarlo así para acreditar lo agradecido que le estaba al gran filósofo hebreo, pues sin éste no hubiera podido componer, á buen seguro, ni un renglón de su *Galalea*, una de las mejores y más desconocidas obras de nuestro gran novelista.

Y lo que Cervantes dice es precisamente lo que callan todos los que han entrado á saco en la magnífica creación del judío portugués.

Las traducciones de ella no se hicieron esperar mucho y pronto tuvimos tres versiones debidas sucesivamente al inca Garcilaso de la Vega, á Guedella Ihaia y á Micer Carlos Montesa, dos de las cuales fueron dedicadas por cierto á Felipe II.

El destino de este libro fué favorable y próspero desde sus primeros momentos; después ha venido á ser entre nosotros una curiosidad bibliográfica como la obra de Molinos, *La guía espiritual,* como el *Cuzari* de Juda Halevy, como *El filósofo autodidacto,* de Abentafail, como las obras de Servet, y como tantas otras que se han relegado al olvido con notable perjuicio del progreso y del provecho moral y material de nuestro pueblo.

El tomo consagrado por la colección Rivadeneyra á los filósofos españoles, ese tomo que merecía con justicia el mayor desdén de D. Juan Valera, no ha podido conceder un lugar para ninguna de estas obras infinitamente más grandes que cuantas en aquél se consignan.

Se hace, pues, una verdadera reparación publicando de nuevo esta obra cuasi perdida, y se trabaja así, lo decimos con una vanidad que se nos puede perdonar en parte, más eficazmente

que de otro modo por el triunfo de la verdad y la extensión de la mejor enseñanza.

Esta empresa es también una de la que nos está encomendada en las cláusulas de nuestro compromiso con los futuros teósofos españoles, con los estudiantes de ahora y con todos los hombres de buena fe, tolerantes, entusiastas mantenedores de la gran y definitiva armonía que ha de reinar entre todos.

R. U. G.

Notas, Recortes y Noticias.

Accidente al Presidente fundador. El venerable Presidente de la Sociedad Teosófica, el coronel H. S. Olcott, en su viaje de América á Italia, sufrió un serio accidente á bordo del vapor en que hacía el viaje, el día 3 de Octubre último. Al descender por una escalera del barco, de unos catorce escalones, lo hizo con tan mala fortuna que enganchándosele un pie perdió el equilibrio y rodó hasta el suelo, sufriendo en su doble caída grandes contusiones en el pecho y la espalda. Asistido convenientemente fué trasladado á un hospital de Génova, teniendo que suspender por ello las lecturas que había ofrecido á la Federación italiana.

Los médicos que le asistieron á bordo se han admirado de la resistencia del Presidente, y dicen que ha sorteado la muerte por milagro. Esperan que tardará en restablecerse dos meses por lo menos.

Actualmente se dirige á Adyar, donde estará á principios de este mes.

Su estado es relativamente satisfactorio, de lo que nos alegramos infinito, y así lo participamos á cuantos se interesan por su preciada salud. Él mismo ha dicho á los inmediatos que acudieron á informarse personalmente que espera vivir muchos

años. Sea así, y dediquémosle nuestros mejores pensamientos para ello.

Obra nueva. Por la casa editorial de Barcelona la Biblioteca Orientalista, que dirige nuestro amigo y hermano D. Ramón Maynadé, se ha publicado la interesante obra *Origen y orden de las cosas,* debida á la pluma del reputado escritor D. José Granés. En este mismo número insertamos uno de los más interesantes capítulos del trabajo de nuestro amigo, y por él verán nuestros lectores el valor y el alcance de tan excelente trabajo.

El justo renombre que goza este nuestro hermano en el mundo teosófico, su adelanto y su acreditada competencia en las enseñanzas esotéricas son una garantía para el público de estudiantes á quienes principalmente se dirige, y es de esperar que un éxito feliz sea el premio de la ciencia y laboriosidad de nuestro amigo.

Le felicitamos sinceramente por su obra, y nos felicitamos también á nosotros, porque observamos con el mayor gusto el desarrollo de una literatura teosófica en España.

La Teosofía en México. El movimiento teosófico en México ha llegado á adquirir un desarrollo tan importante que actualmente es posible la existencia de un órgano de publicidad, destinado exclusivamente á los estudiantes en Teosofía. Comprendiéndolo así, un buen número de hermanos se ha decidido á realizar lo que realmente puede realizarse, y una prueba de ello la han ofrecido en la reciente *Revista Teosófica,* cuyo primer número acabamos de recibir.

Esta revista pequeña, demasiado pequeña quizás, será más adelante la revista mayor, las más interesante del Norte América español, y realizará la gran obra de educación y de enseñanza que se propone por los grandes entusiasmos de quienes la han lanzado á la vida.

El director de ella es D. Alfonso L. Montenegro, y las señas de dirección son: México, calle de la Palquería de Palacio, 3 ½.

El terremoto de Chile.

En el número de *La Verdad,* de Buenos Aires, correspondiente al mes de Octubre, leemos las siguientes líneas, que confirman las noticias que teníamos sobre aquel terrible acontecimiento, y que esperábamos confirmar muy pronto.

«La catástrofe que ha herido á nuestros hermanos de ultracordillera estaba prevista; ella forma parte de esa serie de cataclismos que se sucederán, según lo han predicho los Maestros á H. P. Blavatsky.

Es el karma colectivo de las naciones, acumulándose fuerzas en determinados puntos del globo, las que en el momento prefijado conmueven la tierra. Las altas entidades que dirigen la evolución humana saben que esas conmociones que constituyen catástrofes para el hombre físico son benéficas en el orden espiritual, pues hacen elevar el pensamiento á Dios, pues vivimos aturdidos por la codicia del oro y de las grandezas terrenales.

Los terremotos de la Martinica, de Italia, de San Francisco y de Chile son el estallido de aquellas fuerzas acumuladas, las que son gobernadas por una voluntad superior.

El hombre no puede predecir los terremotos, aunque puede presentir perturbaciones como consecuencia de la conjunción de ciertos astros.

Las inundaciones que ha sufrido el mundo en estos últimos cinco años, las conmociones de la tierra en algunas de sus regiones y muchas otras desgracias pertenecen á aquella serie de males predichos por *los que saben.*

Siendo la vida del hombre completamente transitoria en todos los globos de nuestra cadena, no hay por qué afligirse porque nos pongamos en viaje de regreso antes del tiempo que habíamos previsto.

Los continentes y las islas desaparecen por el fuego y por el agua, como sucedió con la Lemuria y la Atlántida; pero las humanidades se suceden en la superficie de nuestro globo con todo lo malo y todo lo bueno que poseen. La perfección del ente

humano es obra del tiempo, y los siglos se sucederán á los siglos y los hombres á los hombres, en cumplimiento de esa eterna ley de evolución que constituye el progreso en todas sus manifestaciones.

La predicción oculta nos anuncia la pérdida de las creencias religiosas, y esto ya se deja ver en el cambio radical de las ideas, sobre todo en aquellos países donde el sacerdotismo ha cometido mayores excesos, como en España é Italia.

Aquella misma predicción nos dice que este siglo será el de la igualdad del hombre y la mujer, y los hechos han venido confirmando esa predicción.

Todo en el mundo se mueve obedeciendo á una ley que se cumple siempre como todas las leyes divinas.

El estudio de la Teosofía y del Ocultismo abriendo al hombre vastos horizontes le presenta la vida bajo su verdadero punto de vista una serie de vidas en una existencia sin fin, y luchando siempre durante todas ellas por alcanzar á trepar á esa meta sublime que se llama el Adeptado.

El mayor mal del hombre es su propia ignorancia, pues ésta es madre de todos nuestros males, y para poder llegar á ser perfecto se necesita el saber, sin el cual no se puede alcanzar la elevación del alma.

Lo reducido del espacio de que disponemos no nos permite extendernos sobre tan interesante tema; pero no terminaremos sin enviar un recuerdo fraternal á nuestros buenos hermanos de Valparaíso, miembros de la Rama Lob-Nor de la Sociedad Teosófica, quienes no han sufrido nada á pesar de lo horrendo de la catástrofe y de haberse hallado en los puntos de mayor peligro, señalándose en ello la alta protección de los Maestros.

A todos ellos, en este doloroso trance, les enviamos la expresión de nuestra simpatía, y al pueblo chileno nuestro más sincero pésame por todo lo que ha sufrido.

Los rayos X en el hombre.

Con el título de «Un caso extraordinario» refiere el siguiente *El Día de Palencia,* que transcribimos tal como lo cuenta aquel periódico:

«Por habérnoslo comunicado una persona que nos merece entero crédito haremos hoy mención de un caso rarísimo que desde hace tiempo, al parecer, viene sucediendo en Palencia.

Según nuestras noticias, en una fonda de la calle del Cubo vive en calidad de criado un sujeto cuyo nombre desconocemos, pero que posee la maravillosa cualidad de poseer en la retina de sus ojos un verdadero aparato de rayos X.

En efecto, puesto delante de un cuerpo un paño rojo, ve sin dificultad todo lo que hay en el interior de aquél, con la particularidad de que puede saber asimismo lo que hay en el exterior. Esta doble facultad visual aumenta en grado máximo la rareza del fenómeno, pues resulta que auxiliándose el sujeto en cuestión del paño encarnado, descubre todos los secretos del interior del cuerpo humano y hasta los más insignificantes detalles del exterior, siempre que éstos estén en la piel, no sobre ella, en cuyo caso particular no ve más que la huella más ó menos confusa que ocasionen.

Así se comprende cómo á un caballero que tenía colocado sobre el pecho un parche poroso, solamente le indicó la irritación granulada que el parche había producido.

Respecto al interior del cuerpo es verdaderamente asombroso la potencia visual de ese individuo que llega á ver claramente las más pequeñas lesiones producidas en cualquier parte sin hacer el menor esfuerzo para descubrirlas. Unicamente por la noche no logra ver con distinción, lo cual aumenta la rareza de este caso extraordinario de la visualidad humana.

No sabemos si la ciencia llegará á explicar cumplidamente el fenómeno que hoy comunicamos á nuestros lectores, y nosotros nos contentamos con hacerle público sin comentarle de modo alguno, pues las personas que lo presencian quedan asombradas ante la exactitud de los detalles que el individuo en cuestión les da de cuantas cicatrices ó lesiones tienen, tanto en el interior como en el exterior de sus cuerpos.

Y no terminaremos esta información sin hacer constar por nuestra parte que la ciencia debe estudiar y comprobar la exactitud del fenómeno, pues de ser éste real y permanente, las ventajas que produciría para la medicina, y más especialmente para la cirugía, serían incalculables.»

Las revistas.

The Theosophist publica un interesante trabajo de Edgardo Alderman sobre *Las relaciones entre la Teosofía y la vida.* Es del mayor interés igualmente el artículo de T. Ramachandra Rao, *La compasión.*

The Theosophical Review, de Londres, contiene en su último número, correspondiente á Noviembre, entre otros artículos notables, uno debido á Mr. G. R. S. Mead sobre *El Maestro.* En el número del mes de Octubre, Mary Cuthbertson suscribe un trabajo sobre *La mistica Santa Teresa,* que es del mayor interés para los estudiantes españoles.

En *The New Zealand Theosophical Magazine,* Mr. W. Melville Newton comienza un magnífico estudio sobre *Los misterios de los antiguos.*

Neve Metaphysische Randschaw, de Berlín, publica los *Elementos de Kabala,* de Eliphas Levi.

Verdad, de Buenos Aires, en su sección de Ocultismos, continúa la versión de *La misa y sus misterios,* de S. M. Ragon.

En *Theosophical Quarterly,* de New-York, se insertan, entre otros trabajos: *Los objetos de la Sociedad Teosófica,* por Jasper Niemand; *El sermón de la montaña,* por Carlos Johnston, y uno muy interesante sobre *Seis aspectos de la renunciación,* suscrito por otros tantos autores.

En *The Metaphysical Magazine,* de New York, es del mayor interés el artículo de Carlos Edward Cumming sobre *Teosofía y Socialismo.*

* * *

BIBLIOGRAFÍA

Cuestiones astronómicas.—Conferencia pronunciada en el Centro del Ejército y de la Armada por D. Horacio Bentabol.

El distinguido abogado é ingeniero de minas Sr. Bentabol ha publicado la conferencia que pronunciara el 10 de Febrero en dicho Centro acerca de su novísima teoría sobre el origen de las manchas solares.

Honradamente hablando, nos parece ella la más satisfactoria de cuantos se vienen presentando acerca de semejante fenómeno del proteismo solar, incluso la meteorítica del ilustre astrónomo inglés Lockyer, uno de los más

concienzudos observadores del Sol, que comparte con Janssen y Secci glorias muy legítimas conquistadas por los estudios de los eclipses.

Hasta aquí, el origen del calor, la luz y demás energías del astro-rey constituían una verdadera paradoja: la de un cuerpo central irradiando vida fecunda hacia todo el sistema, sin tomarla de ningún origen conocido, y muy en contra de la filosofía natural, que liga unas con otras las fuerzas en cadena sin fin, desde las más groseras á las más sutiles, como vemos en la Tierra, donde las energías tomadas á los alimentos son hojas, flores, frutos y maderas en el árbol, fuerza y movimiento en el animal, ideas, mociones y sentimientos en el hombre, etc.

La teoría de Bentabol es, pues, de genuino sabor teosófico. Aunque ella no lo diga, presenta al Sol, por decirlo así, cual el centro nervioso del sistema, tomando de materiales groseros, meteoríticos de este sistema al caer sobre el Sol, la fuerza vibratoria que, trascendida por él, es manantial fecundo de la vida planetaria.

A estas consideraciones se ve conducido, en efecto, el pensador si admite la teoría expresada como origen de las manchas. Los períodos evidenciados en éstas de 11, 35, 55 y 178 años se explican bien en el supuesto de caídas periódicas sobre el Sol de asteroides análogos á los productores de las *lluvias de estrellas* en nuestro planeta, pero asteroides situados hacia las regiones de los grandes planetas Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno, y perturbados por ellos en sus movimientos orbitales. Las apariencias de sombras y penumbras estriadas de las manchas, y las fáculas, las coloraciones, forma, número, zona de presentación hacia los 35° de latitud y concordancias de sus máximos y mínimos con los períodos de lluvias y sequías terrestres, etc., etc., se hallan explicadas con la hipótesis y documentadas en datos de observación.

La exposición del Sr. Bentabol es una parte tan sólo de sus teorías acerca del éter interplanetario y atmósfera lunoterrestre, como origen de la pretendida corona solar, sobre lo que diremos no más que forman un sorprendente horizonte de vital interés para la astronomía, no exento de controversias.

No están exentas tampoco de interés las consideraciones que hace acerca del espíritu intuitivo ó de invención que neciamente se pretende vincular en los sabios oficiales ó titulares, cuando la ciencia es de todos y al alcance se halla de quien quiera meditar sobre sus misterios inefables, fuere ó no profesional, porque, como dice Benot, *la invención no tiene reglas, pero sí condiciones.* No tiene reglas, porque si las tuviese llegaríamos á lo nuevo por conclusiones lógicas de la mente, y, en general, ella parece complacerse á veces en deparar lo mejor de sus dones á los que parecen más alejados de las profesiones similares, como en el caso de Herochel, organista de Londres, descubridor de Urano; los matemáticos Adams y Leverrier, descubridores de Neptuno sin mirar al cielo, y el chiquillo encargado de la máquina de Newcomen descubriendo el movimiento automático de sus llaves. La in-

vención es un don sagrado, por completo independiente de lo que se llaman negocios profesionales, pábulo de nuestros egoísmos, aunque por éstos con frecuencia se prostituyan.

R. de L.

J. R. Spensley.—*Teosofía moderna*.—Conferencia celebrada en la Universidad Popular de Génova. Ars Regia. Librería editora del Dr. G. Sulli Rav. Milano, 1907.

Este opúsculo de 30 páginas, admirablemente editado, y que hace honor á la reputada casa que lo ha puesto á la venta, es una demostración del trabajo y el entusiasmo de nuestros hermanos de Italia.

Tiene, empero, una significación que no debemos de dejar de consignar, y es que se trata de una exposición de las enseñanzas teosóficas, hecha en una Universidad Popular.

La conferencia del Sr. J. R. Spensley cumple perfectamente las condiciones indispensables que ha de reunir una exposición semejante, y de tal modo me ha llamado la atención, que yo mismo pienso utilizarla á su debido tiempo, cuando dé en la Universidad Popular de Madrid mi ofrecido curso popular sobre la Historia de las religiones.

Lo verdaderamente admirable de esta conferencia es precisamente su brevedad y la sencillez con que se exponen las líneas generales de la enseñanza teosófica, obra difícil para llegar á un público que desde luego recibe por primera vez todas esas verdades como las más peregrinas noticias.

Felicitamos al autor de este opúsculo cariñosamente por lo bien que ha realizado una empresa tan ardua, y felicitamos al mismo tiempo á nuestros hermanos de Italia que, luchando con tantos inconvenientes como nosotros, se arriesgan á poner las enseñanzas al nivel de los más necesitados de los hombres.

R. URBANO

Augusto Agabiti.—*La Teosofía come sciencia e la Società Teosofica come Accademia*.—Roma. Tipografía Agustiniana, 1906.

Augusto Agabiti es uno de los más significados campeones de las enseñanzas teosóficas en Italia, que sostienen, como él mismo ha dicho en esta interesante conferencia, una lucha trágica con las corrientes y más aceptadas, aunque no más comprendidas.

La minoría italiana no es, con todo, más que una minoría en la cantidad; en el cuerpo de la Sección Teosófica, intensamente es grandísima, y su importancia se comprenderá en breve plazo, cuando dé todos los frutos que promete en la próxima primavera espiritual que aguarda á las naciones latinas.

Los precedentes teosóficos en Italia nos acreditan que no está abando-

nada por los grandes procuradores de los pueblos; y Bruno, Pico de la Mirandola, Campanella, Santa Catalina de Sena, Cardano y tantos otros advertidos, siguen viviendo en el esprítu de Italia para animarla y ponerla en la mejor situación de las colectividades más avanzadas. La vida intelectual de Italia es superior hoy, con mucho, á la de otros países latinos, precisamente por el gran auxilio que en otro tiempo ha recibido de quien vela por los hombres. No puede señalarse un progreso del espíritu moderno, un progreso verdad, tanto material como moral, que no pueda encabezarse con un gran director aparecido en Italia. Hoy mismo no podrían haber surgido los mejores representantes mentales de ese país si no fueron discípulos directos de los más grandes y colosales advertidos de otras edades. No se quiere saber, y parece que se desea olvidar, cuánto debe á Juan Bautista de la Pota, César Lombroso; cuanto hay del espíritu de Campanella en el de Mario Morano, que se ofrece como un discípulo de Niestzche, y es en el fondo un místico que ha de revelarse algún día; lo que hay del talento de Cardano y de Pico de la Mirandola en Mach, este otro gran desconocido para nuestro público que se precia de culto.

La obra teosófica de Italia, trágica y todo—¿cómo habría de llamar á la nuestra el Sr. Agabiti?—es, por encima de su enseñanza, otra enseñanza superior, lo ponderado, lo justo y lo culto de sus campeones la da el verdadero carácter que ha de tener una tragedia. Sus auxiliares son poderosos y grandes, y los dioses están preferentemente inclinados hacia ellos. Como un ejemplo de la intensidad de esa obra basta recordar el nombre de Olga Calvari que, sin disputa, es para el mundo latino lo que para el mundo sajón es Annie Besant. Y una y otra, para todos, dos grandes Maestros, que á la elevación de la mente pueden añadir lo que no siempre pueden agregar todos los sabios: el máximum de corazón y de sentimiento.

R. U.